

Nº 2

Teorías de la
Comunicación
Social III

Cuadernos de Cátedra



Facultad de Humanidades
Universidad Nacional del Nordeste
ISSN 2422 6300

Autoridades de la Facultad de Humanidades

Decano:

Prof. Aldo Fabián Lineras

Vicedecana:

Prof. Liliana Ramírez

Secretaria Académica:

Prof. Mariana Cecilia Ojeda

Secretaria de Posgrado:

Prof. Teresa Laura Artieda

**Secretaria de Extensión, Capacitación y
Servicios:**

Prof. Norma Elena Bregagnolo

Secretario de Asuntos Estudiantiles

Prof. Santiago Mendoza

**Los conceptos, ideas y opiniones contenidos en los trabajos firmados son de exclusiva
responsabilidad de sus autores.**

Diseño de tapa: Marina Campusano

La correspondencia y el canje pueden dirigirse a la Facultad de Humanidades,

Universidad Nacional del Nordeste, Avenida

**Las Heras No.727, C.P. 3.500 – Resistencia –Chaco–
República Argentina TELEFAX: 54-03722- 446958**

EMAIL: exten@hum.unne.edu.ar

ISSN: 2422 6300

Índice

Presentación	3
Organización de un programa en función a problemas específicos. Algunas líneas de fundamentación (y para su discusión)	4
Lecturas sobre el lector. Condiciones y concreciones. Daniel Chao.....	6
Medios, efecto de verdad como poder del discurso Mariana Blanco.....	16
Contrahegemonía y Estudios Culturales: de Italia a Inglaterra, influencia y variación Elina Fernández Avancini.....	25
Comunicación e interacción en la Escuela de Palo Alto Mariela Escalante.....	37
Puntos claves de las teorías subalternas: colonialismo, colonialidad, raza y racismo. Y el nuevo rol de las ciencias sociales Romina Granetto.....	46
La situación actual de la filosofía social y las tareas de un Instituto de Investigación Social (1931). Max Horkheimer. Trad. Aldo Avellaneda y Peter Förster.....	58

Lecturas sobre el lector. Condiciones y concreciones.

Daniel Chao

Resumen:

En este texto se presentan dos aspectos complementarios sobre el abordaje al problema de la producción discursiva del lector y la instancia de lectura. En primer lugar, los postulados de Pecheux, Foucault y De Certeau como base teórica de la discusión sobre el sujeto, el lenguaje y las condiciones de posibilidad de los discursos; y en segundo, una revisión de los análisis que tuvieron al lector y a la instancia de lectura como motor de búsqueda. Se trabajará ese entramado analítico desde cuatro vertientes: la escuela anglosajona de lectura contextual (Robert Darnton); la hermenéutica alemana y el problema de los horizontes de lectura (Robert Jauss); la semiótica textual (Umberto Eco); y la teoría de la enunciación y de los discursos sociales (centrados en el trabajo de Eliseo Verón).

Palabras clave: lector, texto, cultura

Introducción

El llamado corrimiento hacia el sujeto al que adscriben variantes de lectura sobre medios y sus audiencias, como los estudios de recepción o las teorías de enunciación, está sostenido sobre una serie de discusiones que retomaremos en las siguientes líneas. Nuestro objetivo es presentar dos articulaciones de conjuntos de textos para pensar en las condiciones de surgimiento de la noción de lector, entendido como la instancia donde la producción textual se completa y que no puede ser desestimada para comprender el sentido de los discursos. La idea de condiciones está ligada al planteo de Verón respecto a las condiciones de producción y reconocimiento discursivos. Éstas son definidas como los discursos que, sin formar parte específicamente del corpus de análisis, son “elementos que desempeñan un papel determinante para explicar las propiedades de los discursos (...) Para que algo sea considerado como condición de producción de un discurso o tipo de discurso, es necesario que haya dejado huella en el discurso” (Verón, 2004, p. 41, *italicas en el original*). En este sentido, un primer conjunto de articulaciones nos llevará a poner en diálogo a tres autores que, a nuestro entender, tensaron la relación entre el sujeto y el lenguaje. En una segunda instancia, presentaremos cuatro abordajes que tuvieron al lector y a la instancia de recepción como motor de búsqueda: la escuela anglosajona de lectura contextual (Robert Darnton); la hermenéutica alemana y el problema de los horizontes de lectura (Robert Jauss); la semiótica textual (Umberto Eco); y la teoría de la enunciación (centrados en el trabajo de Eliseo Verón). Estas cuatro vertientes pueden emparejarse y darnos dos áreas de problemas sobre el momento de la recepción. En las dos primeras vertientes, podríamos decir que el lector es el contexto, es una inscripción cultural; mientras que en las dos últimas, la posición central es que el lector se encuentra inscripto en el texto.

En otras palabras, nuestra propuesta es presentar dos paquetes textuales diferentes sobre el mismo problema (el lector), pensando por un lado que las bases teóricas no tocan directamente el tema (el primer conjunto de articulaciones) y podrían funcionar como condiciones, y por otro el diálogo entre algunos autores que nos permiten avanzar a nivel analítico (el segundo paquete de textos).

Asimismo, creemos que este tipo de revisiones nos vuelve a poner cara a cara con el placer del texto, y retoma, revuelve, recupera y revienta esa vieja disyuntiva del referente;

problema que atraviesa los estudios del lenguaje de las últimas décadas y que no deja de latir. En ese latido van y vuelven los estudios sobre discursos mediáticos.

El contrapunto de los Michel: Pecheux, Foucault y De Certeau abren el camino hacia el lector

La instancia de recepción aparece como problema para las ciencias del lenguaje y los estudios literarios europeos a mediados de la década del 60, como modo de respuesta a las corrientes estructuralistas y al formalismo ruso que leían los textos en su inmanencia, es decir en su funcionamiento en tanto unidades u objeto dotado de características propias que aseguraban su funcionamiento. De esta forma desaparecía el autor, pues el análisis se concentraba en las relaciones entre subunidades del texto, y el lector no aparecía como problema en esa visión.

En paralelo a lo anterior, la realidad del lenguaje y su situación contextualizada y de funcionamiento comenzó a ser objeto de atención. Se perfiló un consentimiento gradual y escalonado en diversas ramas del saber, de que el sentido, la forma y el funcionamiento de los discursos están en todo momento enmarcados por arreglos culturales en sentido amplio, institucionales, morales y hasta técnicos. Con esto se hace alusión a las condiciones de posibilidad y de producción de los discursos sociales, pues estos pasaron a ser entendidos como el efecto de una red compleja de articulaciones simbólicas y materiales que, lejos de definirles un sentido final, los encauzan, le dan una forma aceptable para un determinado valor espacio/tiempo, los cruzan, los distancian, los vuelven casi excluyentes, etc.

Si el sentido discurso comenzó a ser pensado como algo contingente en función de sus condiciones, ello no supuso su consideración como un medio, como algo que transporta representaciones, ideas, etc. Para no pocos enfoques desde Wittgenstein (2008) a Foucault (2002) y posteriores, el discurso es un acontecimiento que construye aquello de lo que habla, no una materialidad que contiene representaciones de una realidad preexistente. Esta hipótesis llevó a investigadores en diversas disciplinas a reformular el papel y el lugar de los fenómenos discursivos.

En este sentido es clásica la recuperación que Benveniste (2004) hace del lenguaje con el objetivo de dejarlo de tratar como un medio, como un instrumento y a ver en él aquello que posibilita la emergencia de la subjetividad. Es gracias a los recursos que le facilita el lenguaje que el sujeto se presenta como tal ante un otro al que presenta como tú. Al definir la imposibilidad de la existencia de un yo sin un tú dirime al mismo tiempo una distinción mucho más conocida (y que tenía su correlato en el terreno lingüístico): la pareja individuo / sociedad.

El problema de Benveniste observado Michel Pecheux (1975; 2003) es que su propuesta no dejaba de ser esencialista, ya que esa cualidad del lenguaje de ser aprehendido y recuperado en la instancia de enunciación dejaba de lado los aspectos sociales, culturales y políticos del lenguaje y los significados, y por ende en la constitución de la subjetividad. Siguiendo la línea althusseriana, Pecheux recupera, para entender al sujeto en el lenguaje, la figura de interpelación puesto que:

- La interpelación hace manifiesto el vínculo superestructural entre el aparato represivo (que controla las identidades) y los aparatos ideológicos; es decir entre el sujeto de la ley (que se establece con otros como iguales frente al Sujeto) y los sujetos ideológicos (que responde “soy yo”).

- La interpelación permite observar que se habla del sujeto y al sujeto, antes de que el sujeto pueda hablar, o sea decir: “hablo”.

- La discrepancia individuo/objeto designa el hecho de que el sujeto es llamado a la existencia, es decir “la ideología interpela a los individuos como sujetos” no los “sujetos son interpelados” lo que implicaría dar preexistencia a los sujetos. La sujeción es simbolizar identidades, asignarlas. La evidencia de mi identidad oculta el hecho de que se trata de una interpelación que se presenta como siempre así (Pecheux, 2004, pp. 20-25).

En este marco, Pecheux recupera el proceso de enunciación y coincide con Benveniste en cuanto a la idea de esas marcas de lenguaje como índice vacío, de pura forma, de significante vacío, de simbolización mediante significación: es ese espacio de referencia del sujeto enunciativo y del sujeto destinatario la marca fundamental del funcionamiento del lenguaje. Esa sistemática necesidad es el motor de la lengua, sin esos espacios la lengua caería. Pero la principal oposición que plantea respecto al lingüista francés es que esa cualidad del lenguaje no implica un uso como libertad de uso, principal argumento para definir como esencialistas a los postulados de Benveniste. Para Pecheux, la enunciación es el espacio que viene a precisar lo dicho y manifestar lo no-dicho. Esa idea de enunciación articula toda la organización desde lo léxico a lo sintáctico.

Entonces hay dos posiciones: a) una imposibilidad del sujeto a ingresar conscientemente al lenguaje (pero que da cierta idea de libertad), lo cual se regula por una determinada exterioridad (esa exterioridad es el paso teórico del autor, cuando salta de entender las formaciones ideológicas como un conjunto hegemónico de aparatos ideológicos a entenderlas como una regularidad entre formaciones discursivas, en consonancia a la postura de Foucault); y b) la grieta que abre la enunciación, que deja ciertas libertades de acción al sujeto. Por ende hay una diferenciación: sujeto otro-yo y el proceso de subterización-interpelación marcado por la noción del Otro que define mis límites simbolizando al otro. Existe entonces cierto escape del sistema regulado a su vez por posiciones sociales (Pecheux, 1975, pp. 232-240).

Recordemos que Pecheux estaba preocupado por las problemáticas ideológicas. Lo ideológico serían sistemas complejos de representaciones y prácticas situados socialmente vinculados a posiciones en la sociedad. Las regularidades discursivas se asocian con formaciones ideológicas que incluyen una o varias formaciones discursivas interrelacionadas que determinan lo que puede y debe ser dicho articulado a un tipo de discurso a partir de una posición dada. Las formaciones ideológicas construyen esos objetos y sus relaciones.

La importancia de Pecheux para nuestro enfoque radica no sólo en su contrapunto con Benveniste, sino en que su postura abrió la posibilidad a los estudios del lenguaje y los discursos a pensar en condiciones de emergencia históricas y la materialidad discursiva, lo cual influyó en autores como Eliseo Verón. El problema para Pecheux era entender por qué los individuos aceptan como evidente lo que oyen y ven, leen y escriben (de lo que pretenden decir y de lo que se pretende decirles) como sujetos hablantes, lo cual cruza la lectura sobre a instancia de recepción.

Por su parte, Michel Foucault (1999, 2002), en una búsqueda que anticipa sus posteriores estudios sobre el poder, pone al sujeto y a la enunciación entre una serie de regularidades discursivas. Es en este sentido que en el Orden del discurso marca como parte de sus intereses dos aspectos que consideramos fundamentales: por un lado lo que llamó la función-autor; y por el otro, el grupo de procedimientos que localiza como regularidades de lugares del sujeto.

El filósofo francés delimita y caracteriza lo que llama grupos de procedimientos de control de los discursos, identificando a aquellos externos (como los regímenes de verdad) y los internos a los discursos. Entre los procedimientos internos, Foucault reconoce al autor (junto a las disciplinas y el comentario), no como un individuo que enuncia, sino como principio organizador de discursos, punto de coherencia y justificador de significaciones. Si bien entiende

que este principio no funciona siempre –porque no todos los textos están avalados por un autor– es en los terrenos donde la atribución es indispensable, donde se percibe que el autor no cumple siempre la misma función. El autor, y según el terreno donde se analice, perfila, dispone, encierra y excluye diferencia. Tiene como función limitar al azar por el juego de una identidad que tiene la forma de la individualidad y del yo (Foucault, 1999, pp. 19-26).

Asimismo, Foucault reconoce una serie de procedimientos definidos como complejos sistemas de restricción en la selección de sujetos. Esos procedimientos discursivos son los que tratan de determinar las condiciones de utilización de los discursos, imponer reglas, tranquear el acceso. Se erige desde la imposición de la diferencia en el acceso a los discursos y la selección de sujetos, es decir que todas las regiones del discurso no están igualmente abiertas y penetrables. Estos procedimientos (el ritual, las sociedades de discursos y la doctrina) tienen una potencia de sumisión del discurso y aseguran la distribución de los sujetos que hablan en los diferentes tipos de discursos y la adecuación de los discursos a ciertas categorías de sujetos. En este punto, la instancia de lectura se encuentra en la trampa de las regularidades discursivas. Serán las características de la episteme epocal que las que marquen a fuego las posibilidades de lectura, así como el resto de las posibilidades de decir (Foucault, 1999, pp. 56-70).

Por su parte, en una especie de contrapunto con autores como Foucault y Bourdieu, Michel De Certeau (2000) advierte sobre el límite de la dominación, de la disciplina, del orden y destaca la incompletitud de cualquier estrategia de dominación. Su mirada se desplaza desde la constatación de la reproducción de lo existente hacia la potencialidad de transformación de lo existente; desde los movimientos que confirman una asimetría hacia aquellos que desafían la magnitud de esa asimetría.

Sus preocupaciones rondan en torno a ubicar aquello que desborda la sujeción de los sujetos, intentando dar cuenta de la indeterminación constitutiva de una relación de poder. Los desarrollos devuelve el sujeto al plató de las ciencias sociales, al poner especial atención a la creatividad cotidiana que construye maneras de hacer: maneras de circular, habitar, leer, caminar, o cocinar, etc. (De Certeau, 2000, pp. 37-45). Ya no se trata de pensar en la productividad del poder, del ejercicio del poder; sino en la productividad de las micro-resistencias movilizadas a partir de las prácticas cotidianas; porque “no hay prácticas sin uso”, por eso De Certeau habla de practicantes y no de consumidores (De Certeau, 2000, XLIV-XLIX).

Su teoría marca un camino respecto al cómo identificar una lógica de las prácticas cotidianas, afirma que las prácticas culturales que tienen los sujetos dominados se realizan en lugares que no les son propios, en lugares ajenos, y lo que le queda al dominado es operar desvíos en esos lugares ajenos (espacios, instituciones, etc.) en su propio beneficio. Su posición abre un campo de visibilidad hacia las operaciones de los usuarios condenados a la pasividad y a la disciplina desde otras posturas. Las maneras de hacer cotidianas van a ser el centro de atención de la investigación ya que De Certeau se interesa por la práctica del hombre común, sus diversas formas de gestionar opciones cotidianas. Por ello tres temas atraviesan la mirada del autor ofreciendo distintas variantes de abordaje: el uso y el consumo, la creatividad cotidiana y la formalidad de las prácticas (De Certeau, 2000, pp. 40-45).

Lo importante para nuestra presentación es que desde Michel De Certeau se puede pensar una restitución completa del momento de lectura, ya que el autor se interesa por los intersticios entre la producción y el consumo donde habita un espacio de realización, de fabricación en las maneras de hacer. El consumidor, en su recepción y apropiación de lo que le rodea metaforiza el orden dominante, genera una táctica que se presenta como ladina: a una producción racionalizada corresponde otra producción astuta y silenciosa, sobre las modalidades de uso de lo dado por el orden estratégico.

De Certeau delinea relaciones entre la escritura, la lectura y el habla entendiendo todo acto de consumo como una práctica de lectura, y toda producción como un acto de escritura. El autor entiende la lectura en sus tácticas, sus maneras hacer propio el objeto, en el acto de transformación poética de la lectura que es propio de toda práctica de uso y consumo. En el uso de la lengua, de un sistema de signos, una sintaxis y una gramática, de un conjunto de sentidos literales, el habla es acto transformador de sentido, operación propia de creación (De Certeau, 2000, pp. 169-172).

El sujeto, sus prácticas (sus posibilidades de práctica), su habla (sus posibilidades de habla) y sus lecturas (también en tensión con sus posibilidades de leer) cruzan a estos autores que, desde posturas diversas, se presentan, a nuestro entender, como condiciones para poder considerar a la instancia de lectura relevante en el estudio de los discursos. Para decirlo en otras palabras: tanto las restricciones ideológicas de acceso al discurso (Pecheux), la dispersión de los sujetos como otra de las regularidades del discurso (Foucault) como la potencia creadora de la táctica del consumo y la lectura (De Certeau) son sacudones teóricos que permitieron la visibilidad de lector como problema para las Ciencias Sociales. Es a partir de esta posición que pasamos a la segunda parte de esta presentación donde trabajaremos cuatro formas diversas, contemporáneas cronológicamente, de tratamiento del lector y la instancia de lectura.

Cuatro vertientes en el estudio de la recepción: de la cultura al texto

Si, como dijimos, la incómoda línea Pecheux-Foucault-De Certeau abre un campo de visibilidad sobre el problema del lector, muchas son las respuestas que se le ha dado en la segunda mitad del siglo pasado. Desde este espacio nos centraremos en cuatro vertientes que consideramos tienen puntos en común y nos permiten dar cuenta de dos formas concretas de pensar la instancia de lectura. Como podemos ver, resalta en nuestro interés lo histórico-cultural y la materialidad del lenguaje (ambos aspectos fundamentales en los autores de la primera parte) ya que se puede vislumbrar la búsqueda de condiciones de lectura y de construcción del lector. Por esto recuperamos las palabras de Umberto Eco cuando afirma que el lector es “el papel, desempeñado por el destinatario en su comprensión, actualización e interpretación; así como el modo en que el propio texto prevé esta participación” (Eco, 1987, p. 23).

Nos abocaremos al abordaje de los aspectos troncales de las cuatro modalidades de abordaje de la instancia de lectura que nos interesan: a) la escuela anglosajona de lectura contextual (Robert Darnton); b) la hermenéutica alemana y el problema de los horizontes de lectura (Robert Jauss); c) la semiótica textual (Umberto Eco); y d) la teoría de la enunciación (desde la perspectiva de Eliseo Verón). Hay que destacar que, salvo la postura de Eliseo Verón y el uso que hace Lucrecia Escudero desde las categorías de Eco para pensar la prensa, todas fueron reflexiones de abordaje de la recepción de la obra literaria. Sin embargo, tienen una potencia de análisis tal que nos permiten sostenernos en ellas para poder acercarnos a los textos mediáticos. A su vez, estas cuatro vertientes pueden fundirse para formar dos áreas de problemas: en las dos primeras vertientes, podríamos decir que el lector es el contexto entendido como una determinada inscripción histórico-cultural, que impacta sobre las formas de lectura; mientras que en las dos últimas, la posición central es que el lector se encuentra inscripto en el texto, es una instancia del diálogo discursivo.

La gran matanza de los gatos: Robert Darnton.

En la década de los 80` aparecen una serie de estudios ligados a la escuela anglosajona de lectura contextual, con fuerte impronta de la Historia Cultural (sobre todo en referencia a la Escuela de Annales) y la Historia de los sistemas de pensamiento. Robert Darnton (1994)

escribe una serie de artículos sobre la cultura pre-revolucionaria francesa, entre los que se destaca “La rebelión de los obreros: la gran matanza de gato en la calle Saint-Séverin”¹. Más allá de la anécdota (la matanza de gatos por parte de un grupo de obreros de una imprenta francesa relatadas en un libro) el motor de análisis de los textos, para Darnton, tiene su génesis en la distancia que encuentra entre su lectura del texto y la lectura que el propio texto propone. Para el autor, sólo atendiendo a esos espacios oscuros se puede “penetrar en una cultura extraña” (Darnton, 1994: 26). Los textos son narraciones profundamente inscriptas en la historia, sólo atendiendo los aspectos culturales, económicos, sociales y políticos presentes en el texto seremos capaces de interpretar los posibles marcos de lectura. La narración supone: a) un marco de referencia, b) un conjunto de reacciones y asociaciones de parte de los lectores, y c) ofrece una elaboración sobre las formas de experiencia culturales (pp. 127 – 129).

El texto es un motor de lectura etnológica: nos brinda información sobre la cultura y sólo atendiendo a los aspectos de esa cultura (sobre todo en cuanto a sus tabúes, ritos y ceremonias, pero también al marco de circulación de otros relatos) podremos decir algo sobre la recepción (pp. 138 – 143). Esos aspectos dichos que se conservan y mutan, que se transforman y se sostienen nos permiten pensar la inscripción de la cultura popular sosteniéndose en determinadas prácticas políticas y determinadas referencias.

Hacia una estética de la recepción: el horizonte de Robert Jauss

En la década de los 70, Robert Jauss considera necesario orientar los estudios literarios hacia una nueva estética que atienda a la función social de la literatura, no ya desde la perspectiva del autor o de la obra, sino de la del público o del lector. De esta forma establece lo que va a llamar estética de la recepción, es decir el papel activo del lector o receptor en el proceso de lectura (Jauss, 1987, pp. 33-41).

Jauss sitúa la recepción de la obra por el lector en un sistema referencial, objetivable de expectativas, al que llama en la tesis siguiente “horizontes de expectativas”, concepto central en la Estética de la Recepción. Historia basada en la experiencia que de la obra tiene el lector, experiencia que, obviamente, sólo puede darse en su relación con la obra, considerada no en sí, cerrada, sino abierta a la intervención del lector (pp. 67-75).

Este horizonte comprende lo que el lector espera de su lectura de una obra. Para Jauss se trata de “...un sistema referencial, objetivable, de expectativas que surge para cada obra, en el momento histórico de su aparición, del conocimiento previo del género, de la forma y de la temática de la obra, conocidos con anterioridad así como del contraste entre lenguaje poético y lenguaje práctico” (p. 41)

Este marco nos acerca más a un nivel de lo textual, al colocar la noción de horizonte de expectativas, es decir que tipo circulación e inscripción en la cultura espera el autor en el texto. Existen tres horizontes: el de expectativas del autor, el de expectativas del lector y el horizonte del modo de vida. Es en la reconstrucción del primero y el último donde se podrá interpretar al segundo. Pero además, se puede sumar a esta lectura la suerte que corre el texto: su permanencia, su presencia, su aparición en otros textos circulantes, es decir las referencias que otros textos hacen de él. Los horizontes reconstruidos permiten hacerle preguntas a las que el texto dio respuestas en su tiempo.

Esta visión nos permite movernos en un espacio más específico: de la cultura al texto y del texto a la cultura. No sólo la cultura hace la recepción, sino que los horizontes de expectativas del lector se hacen presentes en los modos de circulación del texto.

¹ Estos artículos conformarán el libro *La gran matanza de los gatos y otros episodios en la historia cultural francesa*.

Hipótesis interpretativas: el Lector Modelo de Umberto Eco

Para el semiólogo italiano Umberto Eco, un texto, tal como aparece en su superficie (o manifestación) lingüística, representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar. Esa actualización hace que el texto sólo se complete en la recepción. La lectura requiere movimientos cooperativos, activos y conscientes, por parte del lector. El texto (por su forma económica) deja en el lector la iniciativa interpretativa.

Entre estos movimientos cooperativos, Eco destaca:

1. Enciclopedia: actualizar el conocimiento que se tiene sobre lo enunciado. El uso de determinadas palabras, la referencia a determinados aspectos son los espacios vacíos que llena el lector.

2. Inferencias: el campo de posibilidades de enunciar frente a lo no enunciado (Eco, 1993: 73-76).

Pero debemos decir que para Eco el texto postula a su destinatario como condición indispensable no sólo de su propia capacidad comunicativa concreta, sino también de la propia potencialidad significativa. Es decir que un texto se emite para que alguien lo actualice, es un producto cuya suerte interpretativa debe formar parte de su propio mecanismo generativo: generar un texto significa aplicar una estrategia que incluye las previsiones de los movimientos del otro; como ocurre, por lo demás, en toda estrategia.

En palabras del autor, para organizar su estrategia textual un autor debe referirse a una serie de competencias capaces de dar contenido a las expresiones que utiliza. “Debe suponer que el conjunto de competencias a que se refiere es el mismo al que se refiere su lector. Por consiguiente, deberá prever un Lector Modelo capaz de cooperar en la actualización textual de la manera prevista por él y de moverse interpretativamente, igual que él se ha movido generativamente” (p. 80).

Los medios a que recurre son múltiples: la elección de una lengua, de un tipo de enciclopedia, de marcas lexicales y estilísticas (Eco, 1987), también hay restricciones a nivel de campo geográfico (urbano-rural, nacional-provincial). El autor instituye las competencias de su Lector Modelo, mueve el texto para construirlo. Esto no permite prever lo acertado de esa construcción en los lectores empíricos, sino tomar en cuenta la construcción del Lector Modelo a través de la selección de los grados de dificultad lingüística, de la riqueza de las referencias y mediante la inserción en el texto de claves, remisiones y posibilidades, incluso variables de lecturas cruzadas.

En cuanto a la noción de interpretación, supone siempre una dialéctica entre la estrategia del autor y la respuesta del Lector Modelo, en este mecanismo el universo del discurso introduce una limitación en el tamaño de la enciclopedia. Es así que un texto no es más que la estrategia que constituye el universo de sus interpretaciones, que se presentan como legítimas. Es así que en la instancia del análisis, el avance sobre las formas de lectura debe realizarse desde diversas hipótesis interpretativas mediante el reconocimiento de una serie de elementos que reconoce el autor. Estas hipótesis son posturas del analista frente a las diversas marcas que deja el autor.

Dice Eco,

“Pero cuando un texto se considera como texto, y sobre todo en los casos de textos concebidos para una audiencia bastante amplia (como novelas, discursos políticos, informes científicos, etc.), el Emisor y el Destinatario están presentes en el texto no como polos del acto de enunciación, sino como papeles actanciales del enunciado. En estos casos, el autor se manifiesta textualmente sólo como a) un estilo reconocible, que también puede ser un idiolecto textual o de corpus o de época histórica ; b) un puro

papel actancial ("yo" = "el sujeto de este enunciado"); c) como aparición ilocutoria ("yo juro que" = "hay un sujeto que realiza la acción de jurar") o como operador de fuerza perlocutoria que denuncia una "instancia de la enunciación", o sea, una intervención de un sujeto ajeno al enunciado, pero en cierto modo presente en el tejido textual más amplio ("de pronto ocurrió algo horrible ..."; " ... dijo la duquesa con una voz capaz de estremecer a los muertos... ")” (Eco, 1993: 88).

El texto es un objeto que construye la interpretación en él, ese campo de interpretación que abre el texto está anclado a su vez a nivel de enunciado en lo que se llama mundo posible, definido por Eco de esta forma:

- “1. Un mundo posible narrativo se describe mediante una serie de expresiones lingüísticas que los lectores tienen que interpretar como si se refirieran a un posible estado de cosas en el cual si p es verdadero no-p es falso.
2. Este estado de cosas está constituido por individuos dotados de propiedades.
3. (Estas propiedades están gobernadas por determinadas leyes, de manera que determinadas propiedades pueden ser mutuamente contradictorias y, dada una propiedad x, ésta puede implicar la propiedad y.
4. Los individuos pueden sufrir cambios, perder o adquirir nuevas propiedades (en este sentido un mundo posible es también un curso de acontecimientos y puede describirse como una sucesión de estados temporalmente ordenada)” (Eco, 1992, pp. 217-218).

Los mundos posibles como una especie de protocolo de lectura permite inferir las hipótesis interpretativas, tal como lo entiende el autor.

Enunciación y discursos sociales: el contrato de lectura en Eliseo Verón

Eliseo Verón realiza una crítica a las posturas anteriores: desde estos enfoques los conocimientos se constituyen por una parte sobre los lectores, y por otra, sobre los textos, de modo que estos dos saberes siempre quedaron separados. Para Verón conocemos bien quién lee qué, sin embargo, la base de su crítica es que posturas de este tipo no permite pensar la relación entre el soporte y el lector, es decir entre la materialidad del discurso y su lectura. Aparece la noción de contrato de lectura, como el nexo –de lectura- entre el soporte y el lector. El correcto establecimiento del contrato es el anclaje del soporte en la cultura (Verón, 1985).

¿Qué mecanismos constituyen el contrato de lectura? Para Verón el nexo son las modalidades del decir, es decir no tanto qué se dice (enunciado) sino cómo se lo dice (enunciación), es decir el correcto uso de las modalidades enunciativas, las marcas de la subjetividad en el lenguaje. Un mismo contenido puede ser tomado a cargo por estructuras enunciativas muy diferentes. Cada estructura enunciativa da lugar para que el que habla se construya un lugar para sí mismo. De esta forma, en línea con el interés de nuestro planteo, el enunciador posiciona de una cierta manera al destinatario en el acto de enunciación, y establece así una relación entre estos dos lugares.

El conjunto de estructuras enunciativas constituye el contrato de lectura que el soporte (por ejemplo un diario) propone al lector. Para el autor, los estudios del contrato de lectura por medio de una descripción del plano de la enunciación, muestran grandes diferencias entre lo que se enuncia y cómo se lo enuncia, marcado a la enunciación como crucial porque es el lugar donde se constituye la relación de cada soporte con sus lectores. El análisis del contrato de lectura permite de este modo determinar la especificidad de un soporte, hacer resaltar las

dimensiones que constituyen el modo particular que tiene de construir su relación con sus lectores.

Verón establece tres exigencias para el análisis del contrato de lectura:

1. La regularidad de las propiedades descriptas.
2. La diferenciación obtenida por la comparación entre los soportes.
3. La sistematicidad de las propiedades exhibidas por cada soporte: la descripción, a partir de la localización de todas las propiedades que satisfagan los dos criterios precedentes (regularidad y diferenciación), debe permitir determinar la configuración de conjunto de estas propiedades, a fin de delimitar el contrato de lectura y de identificar sus puntos fuertes y débiles, sus zonas de ambigüedad y sus incoherencias eventuales (Verón, 1985, p. 38).

Para finalizar, destacamos una serie de categorías de análisis de marcas enunciativas establecidas por Verón. Este ensayo parte de lectura de títulos en revistas femeninas, y de acuerdo a las marcas realiza esta diferencia de enunciadores que postularían lugares determinados a los destinatarios:

- Enunciador objetivo e impersonal: uso de la tercera persona (sobre todo en preguntas), borramiento del destinatario y el enunciador, donador de consejos, cuantificación. Ej.: Cuatro modos de ofrecer un vidrio; ¿Por qué es tan difícil adelgazar? Base de su enunciación: deja hablar a la “verdad”.

- Enunciador pedagógico: se introduce en el texto e introduce al destinatario, la verdad es su posesión (es el que sabe): se para ante el destinatario en nivel desigual, marcan una distancia. Nuestro dossier del mes: la línea casa; Ideas nuevas para su estudio. El nosotros y el ustedes se diferencian.

- Enunciador cómplice: Se rompe la distancia de los otros dos. Uso del imperativo: “que no le falten los tarros”; puede hacer entrar la palabra del destinatario: Viajo sola y me gusta. Son grados distintos de interpelación, como la entrada del diálogo: “¡No, es no!” (Y entonces, ¿por qué dice sí?). O la intervención del nosotros inclusivo: Nosotros cocinaremos juntos (p. 42).

Finalizando este apartado, retomamos una apreciación del inicio: si Jauss y Darnton nos permiten pensar en los aspectos culturales y estéticos, íntimamente ligados a las características culturales macro, para poder entender la instancia de lectura, Eco y Verón centran nuestra visión en la materialidad del lenguaje. Es en el propio lenguaje donde debemos buscar e interpretar las posibilidades y condiciones de lectura. Es por esta razón que entendemos que los estudios sobre el lector y la lectura se han cruzado constantemente de la cultura al texto (y viceversa).

A modo de cierre

Presentamos en estas líneas dos conjuntos de articulaciones textuales para poder entender la instancia de lectura y la constitución del lector (desde sus condiciones de emergencia en tanto discusión hasta las instancias de producción de problemas concretos y propuestas de abordajes). En una primera parte, establecimos una serie de diálogos –casi siempre desencontrados– entre tres autores que, si bien no trabajaron específicamente con el problema del lector, abren un campo de visibilidad sobre la cuestión. Cruzando el poder, las regularidades, la subjetividad y las restricciones al discurso, Pecheux, Foucault y De Certeau entablan una red dialógica que cruza como condición al lector todo el tiempo. A su vez, un segundo paquete textual (Darnton, Jauss, Eco, Verón) nos permitió establecer una serie de características que pueden potenciar prácticas de lectura sobre el lector, partiendo, por un lado,

de entender al lector (o la lectura) ancladas al contexto, es decir como una inscripción cultural; mientras que por el otro la posición central es que el lector se encuentra inscrito en el texto, es parte de las instancias de producción discursivas.

Bibliografía

- Benveniste, E. (2004). Problemas de lingüística general 1. México: Siglo XXI.
- Darnton, R. (1994). La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa. México: FCE.
- De Certeau, M. (2000). La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana.
- Eco, U. (1987). “El extraño caso de la intentio lectoris”, En Revista de Occidente, N° 69. pp. 23-24.
- Eco, U. (1993). Lector in fabula. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1992). Los límites de la interpretación. Barcelona: Lumen.
- Foucault, M. (2002). La arqueología del saber. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999) El orden del discurso. Barcelona: Tusquets.
- Jauss, R. (1987). “La historia de literatura como una provocación a la ciencia literaria”. En Dietrich, Rall (1987). En busca del texto. Teoría de la recepción literaria. México: UNAM. pp. 29–58.
- Jauss, R. (1987). “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”. En Dietrich, Rall (1987). En busca del texto. Teoría de la recepción literaria. México: UNAM. p. 60-85.
- Pecheux, M. (1975). El análisis automático del discurso. Madrid: Gredos.
- Pecheux, M., (2004) “El mecanismo del reconocimiento ideológico”. En Žižek, S. (Comp.) (2004). Ideología, un mapa de la cuestión. Buenos Aires: FCE.
- Verón, E. (1985) “El análisis del contrato de Lectura: un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media”, en Les Medias: Experiences, recherches actuelles, applications. París: IREP.
- Verón, E. (2004). Fragmentos de un tejido. Barcelona: Gedisa.
- Wittgenstein, L. (2008). Investigaciones filosóficas. Barcelona: Crítica.